

El dibujante sin oído

POR NATALIA TORRES. ILUSTRACIÓN DE JUNIOR.

De las lecturas del Correcaminos al trabajo con las Tortugas Ninja y a una novela gráfica norteamericana que será cine en Hollywood, el recorrido del historietista Fernando León "Junior" González, construido a fuerza de vocación tras esquivar los caminos musicales y desechar empleos que no eran el mejor remedio.

68

CC *Disculpe, señora, pero este chico no tiene oído". Esa fue la sentencia que una profesora del Instituto Domingo Zópoli arrojó sobre el pequeño Fernando León González. Su mamá, profesora de piano, y su papá, aficionado al bandoneón, habían querido que el nene también habitara un mundo de partituras y escalas. Pero la llama artística de Fernando ardía en una fogata diferente. "Recuerdo estar haciendo una larga cola en la vereda del Zipoli de la mano de mi mamá mientras transportaba mis historietas. Me hicieron una prueba de vocalización en la que tenía que decir mi nombre cantando. La profesora se fastidiaba porque no me salía como a ella", reconstruye él. "En el momento me dolió y sentí una especie de frustración porque no cumplí el deseo de mis padres. Sin embargo, en mis manos tenía lo que calmaba cualquier dolor: las historietas del Correcaminos". Fernando no quería ejercicios de calentamiento de cuerdas vocales ni aprenderse al dedillo arreglos corales. Buscaba una vida sostenida por dibujos hechos con lápices de colores. "Me veía atraído hacia los dibujos animados de Tezuka (el japonés de Astroboy) y de García Ferré. Entonces intentaba dibujarlos de manera 'animada': hacía una escena en la que sucedían varias cosas (por ejemplo dos cowboys que estaban siendo atados a un poste por unos indios) y, cuando la viñeta no daba para más, agregaba otra con la continuación de la acción, dibujaba a los cowboys cortando las cuerdas y corriendo tras los indios", recuerda. "Con mi papá íbamos todos los sábados a la mañana a un quiosco de revistas que había a pocas cuadras de casa y me daba para comprar una revista", retoma Fernando. "Por ese entonces, en los quioscos había una gran variedad de historietas para elegir. Yo no sabía con cuál quedarme, entonces un sábado elegía una historieta de Pato Donald, al otro sábado una de Batman y Robin, y al otro una de Pájaro Loco". Pero esas lecturas, a su vez, se unían a un talento difícil de esconder. "Una vez, la maestra de plástica de cuarto grado le dijo a mi mamá 'Este chico debería ser el nieto de Disney'. También recuerdo ganar casi todos los concursos de dibujo en los que participaba", cuenta. "Cuando era chico había mucho concurso 'de manchas' que organizaba un club, un instituto o alguna escuela de arte. A esos concursos se anotaban casi todos mis compañeros del primario, que cuando me veían aparecer decían 'Uh, ahí viene González'". Pero ese talento que no tenía competencia en aquellos certámenes recorrería varios caminos antes de estallar en páginas de Córdoba y el mundo.*

Trabajos más mundanos

Así como la música intentó seducirlo, también lo hicieron trabajos más mundanos. Los González querían para su hijo un futuro estable, así que, con Disney y los superhéroes ya en el pasado, de repente Fernando se vio en el Hospital de Clínicas, estudiando para convertirse en visitador médico mientras trabajaba en una imprenta haciendo sellos de goma.

"Me decían que debía tener un trabajo de buen ingreso para mantener mi hobby. Decirle 'hobby' al dibujo me resultaba menospreciar algo que no sentía como un pasatiempo, sino como algo demasiado fuerte", se lamenta él mientras se encarga de dejar otras cosas en claro: "No culpo a mis padres, ellos querían una seguridad para mi vida. Y, de hecho, ser visitador médico me sirvió de mucho para comunicarme eficazmente ante un editor o para hablar en público, entre otras cosas".

Pero aunque durante trece años González siguió cumpliendo firmemente con sus obligaciones de visitador médico, durante toda la jornada laboral esperaba ese momento nocturno en el que regresaría a casa y se reencontraría con sus tintas y papeles. "A pesar de que el trabajo era muy demandante, nunca dejé de dibujar ni de estar en contacto con el ambiente del dibujo", remarca. "Hasta recuerdo viajar en avión a Buenos Aires y hospedarme en un hotel de primera para asistir a una convención de historietistas independientes".

Guiño del destino

Tanta persistencia tenía que ser recompensada por el destino, aunque no sin una pizca de zozobra. La empresa farmacéutica para la que Fernando trabajaba como visitador fue vendida, y la única forma de seguir trabajando en eso era mudarse a Catamarca. "Me negué a esa propuesta y el laboratorio me desvinculó", cuenta. Y mientras buscaba reubicarse en una nueva empresa, su vocación lo reclamó en el momento justo: La Voz del Interior le ofreció la posibilidad de dibujar una historieta para chicos. "Me hicieron una prueba y ahí mismo empecé a trabajar para el suple-



mento Chicos.cor haciendo Glippy. El dinero que me daban por la tira dominical era muy inferior al de mi trabajo como visitador médico, era como un 'básico'. Así que, a pesar de este guiño tan fuerte del destino, mi familia seguía insistiendo en que debía trabajar de visitador médico. De hecho, recuerdo que la primera vez que salió Glippy en el diario, recibí un llamado de mi mamá en el contestador que decía "Hijo, ahí vi la historieta que te publicaron en el diario. ¡Te felicito! Fijate en el mismo diario, en los clasificados, que sale un aviso para visitador médico", relata Fernando con sonrisas.

A su trabajo en Chicos.cor se sumó poco después una participación con caricaturas en el suplemento Humor con Voz. Pero las cuentas seguían sin cerrar. Y así, surgió una idea: "El tema era que no pagaban las colaboraciones hasta ver qué pasaba con el suplemento", cuenta el artista, que en aquel entonces ya se daba a conocer con su seudónimo: "Junior".

"Mientras tanto, a los dibujos me los compensaban con un aviso. Necesitaba más ingreso de dinero y estaba dispuesto a dar clases de dibujo todos los días de la semana, sábados incluidos". Así, la cosa cerró por todos lados: Fernando anunció vía Humor con Voz que cualquiera que quisiera convertirse en dibujante podía hacerlo bajo su tutela.

"El anuncio tuvo tal repercusión que tuve que comprar mesas y convertí el living-comedor en una escuela de dibujo", agrega. "Eran tantos los llamados, que se llenó de alumnos que entraban y salían todo el día de casa. Cabe aclarar que jamás estudié para docente ni hice la carrera de Bellas Artes. Fue la necesidad. Hoy sigo con la escuela, pero doy clases solo una vez a la semana y con cupos limitados".

Las palabras justas

Así, rebobinando recuerdos hacia aquellos momentos decisivos, Fernando también rescata las palabras justas escuchadas en el momento exacto, el apoyo moral que apareció cuando las dudas acosaban. "Siempre intuí que podía vivir del dibujo o cobrar bien por ello, sin embargo mi entorno no ayudaba a que ese pensamiento pudiera transformarse en realidad. Incluso acá en Córdoba había muy poca gente que vivía del dibujo y ellos eran los dibujantes que lo hacían para el diario: Ortiz o Peiró", recuerda. "Pero siempre hay algo o alguien que te abre los ojos y te dice lo que tu interior sugiere. Y ese alguien, para mí, fue Pepe Angonoa –continúa–. Él fue el primero de los dibujantes profesionales que conocí y que al ver mis dibujos dijo 'Vos ya deberías estar viviendo de esto'. Eso me incentivó sobremanera. Fue un antes y un después en mi carrera, ya que tenía la aprobación de alguien calificado. No fue fácil, a pesar de la certeza. Tuve que hacer un trabajo interno y aceptar que ser dibujante podía ser una profesión, que podía cobrar por ello. Al día de hoy voy dejando de lado aquel mandato y voy aceptando que me pagan por hacer algo que me divierte y amo".

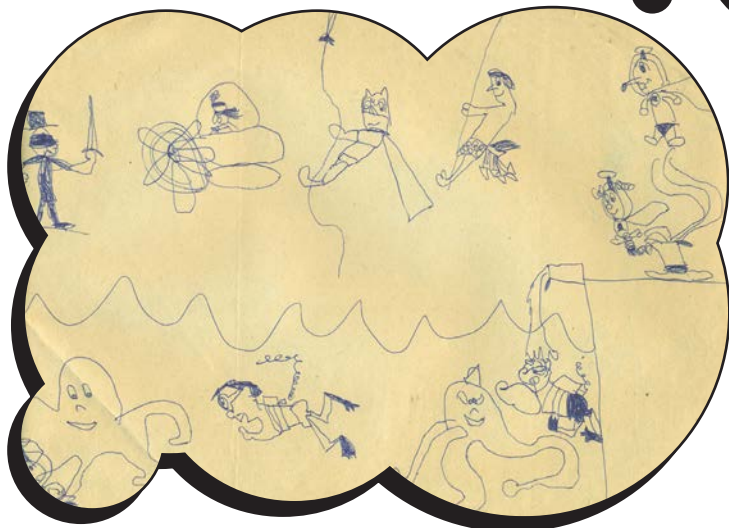
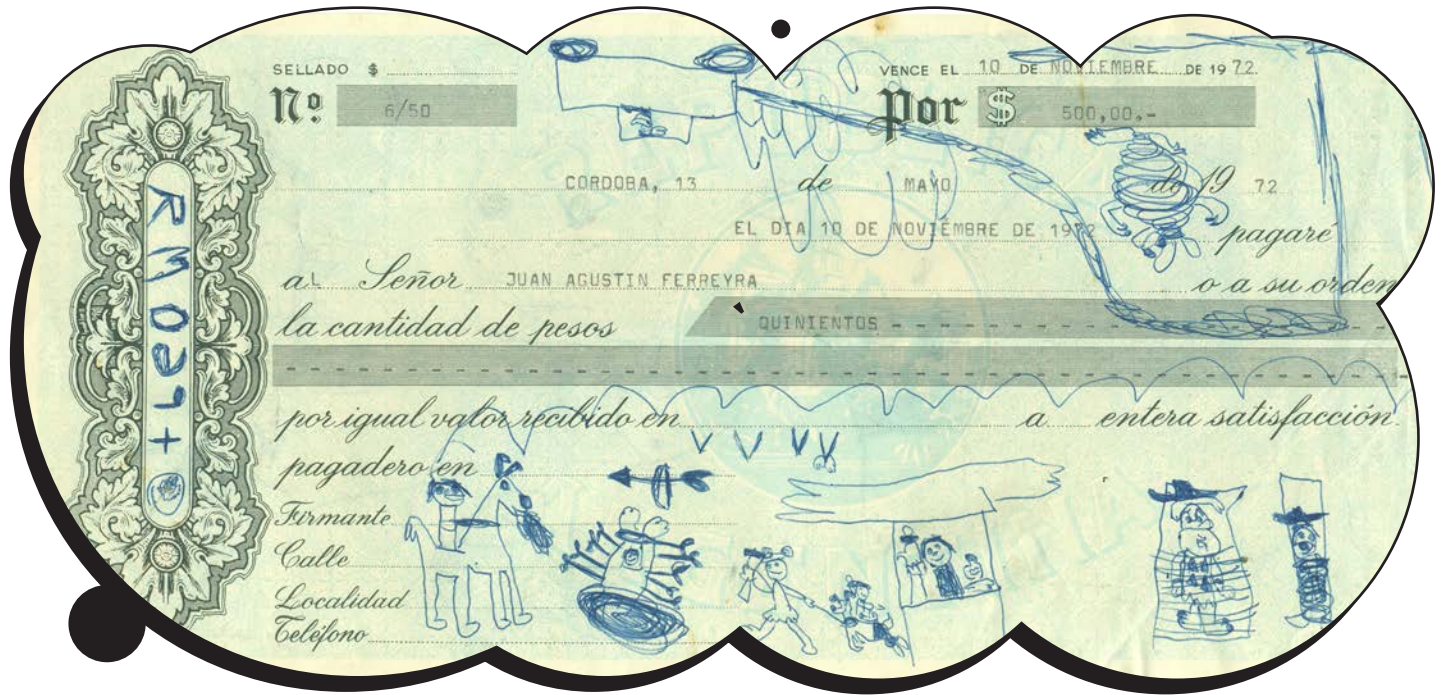
"Ser visitador médico me sirvió de mucho para comunicarme eficazmente ante un editor o para hablar en público (...) A pesar de que el trabajo era muy demandante, nunca dejé de dibujar ni de estar en contacto con el ambiente del dibujo".

Con la confianza ya blindada por la alegría de vivir de lo que amaba, Fernando decidió enviar muestras de dibujo a varias editoriales norteamericanas de cómics. Un aviso llamó su atención: provenía de uno de los guionistas de la versión en papel de Teenage Mutant Ninja Turtles, quien pedía dibujantes para un nuevo proyecto. La obra del muchacho que le escribió desde la lejana Córdoba le gustó tanto al guionista, que terminó incluyéndolo en el equipo que hacía la mismísima historieta de los héroes verdes. Primero, para dibujar contratapas y pin-ups, y luego para participar directamente en los cuadros.

"Solicitan un artista con estilo de aventuras y cartoon", reconstruye Fernando ese momento clave de su carrera. "Hasta el momento no sabía que al aviso lo había puesto Ryan Brown, un veterano creativo de Mirage

que al aviso lo había puesto Ryan Brown, un veterano creativo de Mirage





Lo mejor, por venir

Comics, el hogar de las Tortugas Ninjas. El tipo trabajaba con gigantes como Dan Berger o Peter Laird. Al tiempo de trabajar con él en un montón de proyectos de libros infantiles para colorear y de actividades, me propone hacer un pin-up para uno de los números de la revista de las Tortugas Ninja. No lo podía creer. Así fue que empecé un largo camino de colaboraciones con la mítica Mirage, hasta su cierre".

Más allá de sus ya importantes logros, el artista remarca que, para él, lo mejor siempre está por venir. "Quizá lo digo porque no me considero un buen dibujante, sino más bien un dibujante eficaz. Nunca llego a estar del todo conforme con mis trabajos, a pesar de tener buena recepción en los editores. Al día de hoy consulto los libros sobre dibujo de Loomis y estudio obsesivamente algún autor que me fascina. Mis alumnos me enseñan mucho también. Esto significa que en cada trabajo que hago pongo lo máximo de mí, sea por mucha o poca plata. Tampoco creo que el punto máximo se refiera a dibujar algo internacional o excepcional para todo el mundo, sino algo con lo que esté enteramente conforme". Pero en este punto Fernando no puede evitar subrayar con rojo en su currículum uno de sus hitos más recientes: el cómic *Ciudad*, escrito por los hermanos Joe y Anthony Russo junto a Ande Parks.

"No fue fácil, a pesar de la certeza. Tuve que hacer un trabajo interno y aceptar que ser dibujante podía ser una profesión, que podía cobrar por ello".

Los Russo tienen dentro de sus logros haber dirigido la que probablemente fue la mejor película de acción de 2014: *Captain America: The Winter Soldier*. Y Parks es un autor conocido por dos grandes cómics: *Union Station* y *Capote in Kansas*. Luego de que le llegaran algunos dibujos de Fernando, el mismo Parks se puso en contacto con él para ofrecerle trabajar en *Ciudad*. La historietita sigue a un mercenario contratado para rescatar a una mujer que ha sido secuestrada en Ciudad del Este,



meca del narcotráfico y los negocios sucios. Y el empuje que significa la presencia de los hermanos Russo dentro del proyecto hizo que *Ciudad*, editada oficialmente el 3 de diciembre, ya tenga destino de pantalla grande: Sierra Pictures ha comenzado a delinear la etapa de preproducción para convertir a la novela gráfica en película.

Buena época

Ciudad aparece en un momento histórico en el cual las industrias culturales de todo el mundo han redescubierto que el cómic puede tener brillo popular, y el sello Marvel en una película garantiza butacas ocupadas. Y Fernando lo reconoce. "Esta es una buena época para trabajar con el cómic. El arte pop ayuda, claro, potencia a la historieta desde lo estético", analiza. "Hay una movida interesante a nivel país, con muchas convenciones, muestras y eventos de historieta. Las escuelas también la están adoptando como parte de la lectura entre los alumnos, y se está revalorizando a nivel mundial gracias a que la novela gráfica está siendo incorporada en los aficionados a la lectura como un género interesante y novedoso. El cine norteamericano hace muy buen cine de cómics y despierta interés en la gente que no los leía. Pero, por sobre todas las cosas, hay una muy buena cantidad de autores noveles que no dejan de crecer y de interesarse por la historieta", agrega.

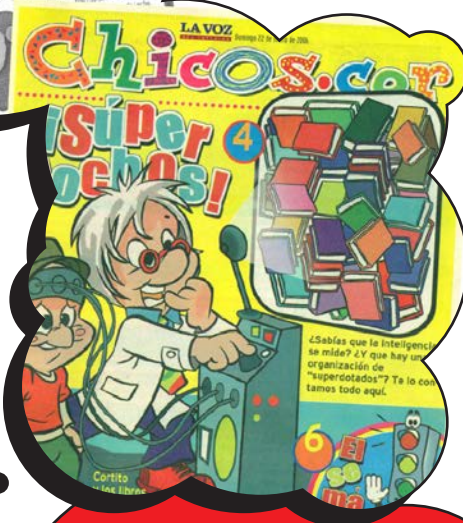
Y con los lazos de trabajo y vocación finalmente uniéndose en un nudo perfecto en la vida de Fernando, no deja de ser curioso que el círculo se muerda su propia cola de una manera casi perfecta: el mundo de la música, aquel que rozó la carrera del artista de cómic en su infancia sin abrirle las puertas, volvió a chocarse con él poco tiempo atrás: sus dibujos terminaron siendo un ingrediente esencial en el show que la banda cordobesa Funcircus brindó en Studio Theater para despedir el 2014.

Maxi Braun, guitarrista del grupo y amigo de Fernando desde sus épocas de visitador médico, lo invitó primero a dibujar el arte de tapa del álbum debut de Funcircus. Y, en el recital, al dibujante le tocó acompañar a la banda pintando acuarelas en vivo en base a algunas de las canciones. Algo que, sin duda, pondría una sonrisa esquinada en la cara de aquella profesora que diagnóstico a Fernando una falta incurable de oído musical. 🎧

"Tampoco creo que el punto máximo se refiera a dibujar algo internacional o excepcional para todo el mundo, sino algo con lo que esté enteramente conforme".

72





Fiera

No me acuerdo cuándo le vi la cara por primera vez a León González, como rápidamente rebautizamos a Fernando en la redacción de la revista Comiqueando. Sí me acuerdo –y me voy a acordar siempre– de la primera vez que vi un dibujo suyo.

Era 1995 cuando desde Comiqueando lanzamos un concurso de historietas para autores que aún no tuvieran publicaciones profesionales en su currículum. Ahí, entre toneladas de estiércol radioactivo, brillaban dos páginas, apenas dos páginas, de un autor al que no conocíamos, pero al que le olíamos la madurez, la solvencia, la sabiduría de los grandes. La historieta se llamaba *El Viejo* y pasó holgadamente el primer filtro, el de los miembros del staff de la revista. Y después fue evaluada por un jurado de ilustres profesionales, integrado por Quique Alcatena, Ariel Olivetti, Jorge Lucas y los inolvidables Carlos Meglia, Carlos Trillo y Juan Zanotto. Ahí obtuvo el segundo mejor puntaje, entre más de 120 concursantes. Y le publicamos su historieta en el número 19 de la revista, junto a la del participante que sacó más puntaje que él. Después intercambiamos cartas, no me acuerdo por qué motivo puntual y, en una de ellas, el cordobés me mandó un dibujo del personaje norteamericano Lobo junto al logo de Comiqueando. Lo publiqué –creo que previa consulta con él– en el número 27 de la revista, como ilustración de “*En el Salón de la Justicia*”, la editorial con la que yo abría cada entrega de Comiqueando. Gustó muchísimo.

Luego, no recuerdo si yo lo invité a mandar ilustraciones para las futuras editoriales, o si él me dijo “*contame qué notas van en el próximo número y te hago un dibujo alusivo*”. Lo cierto es que esa fue la operatoria que se puso en marcha: avisarle al León

qué venía en la próxima Comiqueando y que él se mandara un dibujo con algún guiño satírico para acompañar la editorial de cada número.

Para ese entonces creo que ya se publicaba la revista *Áspid*, que tenía como principal atractivo –al menos para mí– ver a esta fiera narrando historias en secuencias, poniendo su enorme talento para el dibujo al servicio de un relato, no de una mera ilustración. Y ahí me hice fan para siempre.

Varios meses antes de auto-editar su novela gráfica *Control remoto*, Fernando me mostró todas las páginas, un delirio brillante, con una aventura bien al palo. Entonces devolví su generosidad con un textito para la contratapa en la que hablaba bien de él, que es lo menos, en realidad lo único, que puedo hacer.

Y siguió la amistad y siguieron las colaboraciones. Recuerdo especialmente cuando en 2006 vino a Buenos Aires para la fiesta de Comiqueando, y cuando en 2010 nos recibió en Córdoba para el Viñetazo y nos llevó a conocer un montón de lugares copados.

Me queda pendiente una deuda con él, la de escribirle el prólogo a un libro que recopile sus chistes para diarios de Córdoba. Me acuerdo que aquella tarde de 2010, en Carlos Paz, le pusimos nombre a la criatura: *Desajunior*. Y acá estoy, esperando que salga, aunque el prólogo lo escriba otro, para disfrutar de otra dosis de este enorme artista al que admiro hace casi 20 años y que –estoy seguro– me va a seguir sorprendiendo, porque todavía está lejos de su techo.

ANDRÉS ACCORSI,
PERIODISTA Y GESTOR COMIQUERO